Día Internacional Libre de Bolsas de Plástico: más allá de prohibir, necesitamos aprender a aprovechar

Por Jorge Terrazas, Director General de ECOCE

Seguramente todos hemos visto alguna vez una bolsa de plástico atorada en un árbol, flotando en un río o acumulada en una calle después de una lluvia. Son imágenes que generan preocupación y tristeza que nos recuerdan que aún tenemos mucho trabajo por hacer para gestionar mejor nuestros residuos.

Por eso, cada 3 de julio, cuando se conmemora el Día Internacional Libre de Bolsas de Plástico, surge una conversación necesaria sobre nuestro impacto en el medio ambiente. Sin embargo, también es una oportunidad para hacernos una pregunta más profunda: ¿el problema son los materiales o la forma en que los utilizamos y desechamos?

Durante años, gran parte del debate se ha centrado en eliminar determinados productos de nuestra vida cotidiana. Y aunque es positivo cuestionar nuestros hábitos de consumo, la realidad es que ningún material es sostenible por sí mismo si termina abandonado en el entorno o dispuesto incorrectamente. El verdadero desafío comienza cuando dejamos de usar un producto y decidimos qué hacer con él.

Vivimos en una sociedad que consume recursos todos los días. En México, cada persona utiliza anualmente decenas de kilogramos de materiales plásticos que forman parte de actividades tan cotidianas como comprar alimentos, transportar productos, proteger medicamentos o conservar comida. Los usamos porque cumplen una función, porque facilitan nuestra vida y porque, en muchos casos, ayudan incluso a reducir otros impactos ambientales, como el desperdicio de alimentos.

Pero la pregunta importante no es por qué los usamos. La pregunta es qué sucede después.

Cuando una bolsa, un envase o un empaque termina en la naturaleza, el problema no es únicamente el objeto. Detrás de él hay una falla más profunda: un sistema que no logró recuperarlo, una infraestructura insuficiente para reciclarlo o, simplemente, la ausencia de una cultura que reconozca el valor de los materiales una vez que cumplen su función.

Y es aquí donde debemos cambiar la conversación.

Debería significar hablar de soluciones. De cómo construir ciudades con mejores sistemas de recolección. De cómo fortalecer la infraestructura para el reciclaje. De cómo diseñar productos que puedan recuperarse más fácilmente. De cómo generar mercados para los materiales reciclados. Y, sobre todo, de cómo involucrar a las personas para que comprendan que los residuos no desaparecen cuando los depositamos en un bote de basura.

La economía circular nos ofrece precisamente esa visión. Nos invita a dejar atrás la lógica de usar y desechar para adoptar una donde los materiales permanezcan en uso el mayor tiempo posible. Donde una botella pueda convertirse en otra botella. Donde un empaque pueda transformarse en un nuevo producto. Donde los residuos dejen de ser vistos como basura y comiencen a ser reconocidos como recursos.

México tiene razones para sentirse optimista. Hemos demostrado que cuando ciudadanos, empresas, autoridades y recicladores trabajan juntos, es posible construir cadenas de recuperación exitosas y generar beneficios ambientales concretos. Sin embargo, todavía enfrentamos enormes retos para ampliar estos esfuerzos y lograr que más materiales regresen a la economía en lugar de perderse en rellenos sanitarios o en el ambiente.

Por eso, en una fecha como ésta, vale la pena recordar que la sostenibilidad no depende exclusivamente de lo que consumimos, sino también de lo que somos capaces de recuperar. El futuro no se construirá únicamente sustituyendo materiales, sino desarrollando sistemas que nos permitan aprovechar mejor los recursos que ya tenemos.

La bolsa de plástico que hoy genera debate puede convertirse en un símbolo de algo mucho más importante: la necesidad de asumir una responsabilidad compartida sobre los residuos que generamos. Porque detrás de cada envase, empaque o bolsa existe una oportunidad. La oportunidad de reciclar, de recuperar valor y de evitar que aquello que hoy consideramos un desecho termine convirtiéndose en un problema ambiental.

En el fondo, el reto no es hacer desaparecer los materiales. El verdadero reto es asegurarnos de que nunca se conviertan en basura.